

de Marzo de 1536, fué preso y encerrado en las Atarazanas de México el 19 de Enero de 1537 por su juez de residencia y sucesor en el gobierno de la Nueva Galicia Lic. Don Diego Pérez de la Torre, y trasladado después á la cárcel pública, donde estuvo durante un año, hasta que fué remitido á España y desterrado á Torrejón de Velasco, sin haber logrado jamás se le oyesen sus descargos. Allí vivió en la miseria, olvidado de todos y murió el año de 1544 según algunos autores, y el de 1549 según otros.

III.

Expedición á Sinaloa.—Llega hasta el río Yaqui.—Su regreso.— Descúbrese la muerte de Hurtado de Mendoza en la costa de Tamazula.—Encuentran los españoles á Alvaro Núñez Cabeza de Vaca y sus compañeros, errantes en los bosques de América.

Nuño de Guzmán había mandado varias expediciones hácia el Norte, Oriente y Noroeste. Estas expediciones no dieron más resultado que algunos combates con los indios que encontraron y la destrucción y la matanza, sin haberse logrado establecer en su avance, pues regresaban las tropas á su punto de partida á los pocos meses de emprender aquellas.

La más importante de esas expediciones tuvo lugar el año de 1533 bajo las órdenes de Diego de Guzmán, nombrado por Don Nuño para conquistar y pacificar esa comarca. Don Diego salió del Valle de Culiacán el viernes 4 de Julio de dicho año de 1533, é hizo su primera jornada de 4 leguas á un punto llamado los Guamichiles. El día 12 llegó al río de Mocerito, sin saberse el punto que tocó, y el domingo 13 bajó cinco leguas en dicho río, de donde mandó adelantarse con un destacamento á Francisco Velázquez, que en tres jornadas de á cuatro leguas llegó al pueblo de Tamazula, hácia la costa en la orilla derecha del río de Sinaloa, llamado antes Petatlán, al que arribó después el grueso del ejército.

Los españoles vieron en ambos ríos, de Mocerito y Sinaloa, las casas de los indios cubiertas de esteras, que en México tienen el nombre de *petates*, por lo que después han solido confundirlos las relaciones bajo el mismo nombre de Petatlán, aunque éste pertenezca al último mencionado.

Los invasores anduvieron treinta leguas, subiendo por la orilla del río, primeramente por el de Sinaloa y después por el de Ocoroni, que á pocas leguas se le une por su margen derecha, y desprendiéndose de él á cierta altura, llegaron á la izquierda del río del Fuerte, al medio día, al cabo de una jornada de seis leguas por terreno plano y con los caballos fatigados por el sol, por cuyo motivo no creyeron conveniente atacar á los tres grandes grupos de indios que guardaban la entrada del pueblo que tenían á la vista, á menos que éstos lo hicieran primero. Siguiéron adelante pasando entre ellos y se entraron en el pueblo, sin que los enemigos, que callaban espantados, se atrevieran á intentar nada contra las tropas, antes bien se retiraron río arriba.

Los españoles encontraron la población deshabitada, pero tuvieron mucha vigilancia, logrando aprehender en la noche algunos indios que iban á ver qué gente era aquella, y á averiguar lo que querían. Una partida de soldados á pié y ginetes, salió al día siguiente á explorar por el camino que habían lle-

vado los indios, pasó por tres ó cuatro pueblos desamparados, y á las tres leguas capturó un indio, que le informó que á corta distancia estaban reunidos todos los demás. Mandó llamar de paz á los caciques, habiendo ocurrido uno de ellos con 700 de los suyos, formados y provistos con cañas verdes, que iban depositando en el suelo, una sobre otra en señal de sumisión. En seguida formaron un círculo sentándose en cuclillas.

A uno de los indios que parecía ser de los principales, le habló, ponderándole la grandeza de los españoles, y diciéndole que les convenía volverse á sus casas; pero los jefes determinaron quedarse, y llevaron al pueblo sus mujeres é hijos, habiendo llegado también con éstos más hombres.

Esta sumisión era engañosa, pues trataban de sorprender á los españoles. Velaban los astutos indios por grupos de cincuenta, unos frente á otros, rodilla en tierra y listos sus arcos y flechas, esperando ver descuidados á los españoles. Al cabo de treinta días, y cansados de una fatiga inútil, enviaron de noche, fuera del pueblo, á sus mujeres y mucha parte de sus guerreros, y al día siguiente emprendió la fuga el resto para un monte cercano, siendo alcanzados algunos de ellos, por los cuales se supo lo que pasaba.

Los expedicionarios detenidos en este lugar por la fuerza de las lluvias, permanecieron en él más de cuarenta días, desde el 3 de Agosto hasta el 17 de Septiembre, durante los cuales se alimentaron abundantemente de liebres, palomas, tórtolas y otros animales que los indios cazaban á flechazos. En la fecha última expresada, calmadas las lluvias, pasaron el río en balsas, anduvieron treinta leguas á rumbo, por tierras llanas, despobladas y muy secas, no encontrando agua sino en lagunas de agua llovediza, y el 24 del mismo mes de Septiembre alcanzaron las riberas del río Mayo, menos pobladas que las del anterior, donde los indios hicieron algunas demostraciones hostiles, pero en breve huyeron, y los españoles fueron á alojarse á uno de sus pueblos abandonados.

Habiendo pasado el Mayo el martes 30, y llevando un indio viejo por guía, pues no había camino, anduvieron en busca del YAQUI sin hallar poblado hasta el sábado 4 de Octubre que llegaron á su margen izquierda, y al siguiente pasaron el río sin resistencia. En la otra orilla hallaron un pueblo pequeño deshabitado, y siguiendo río abajo por un camino ancho, á poco andar vieron en un gran llano una multitud de indios que salieron á su encuentro, arrojando al aire puños de tierra, templando sus arcos y haciendo visajes. Uno de ellos, que se distinguía por sus arreos estrambóticos, relumbrante por las conchas de perla de que estaba lleno su vestido, se adelantó á corta distancia, hizo con el arco una raya muy larga en el suelo, se hincó de rodillas sobre ella, besó la tierra, y en seguida puesto en pié, comenzó á hablar diciéndoles que se volviesen y no pasasen la raya, porque si la pasasen serían muertos todos.

El Comandante español, por medio del intérprete, les contestó que él y los suyos no iban á hacerles mal sino á tenerlos por amigos, y que se volviesen á sus casas á llevarles provisiones. A esto replicaron los indios que así lo harían, después de atados ellos y los animales que llevaban, que eran los caballos, para cuyo efecto comenzaron pronto á sacar unas cuerdas que traían ceñidas al cuerpo. Los españoles no esperaron la realización de la amenaza; desde luego tiraron á los enemigos un cañonazo con una piecesita de campaña, y en seguida arremetieron contra ellos, logrando dispersarlos. Después volvieron á aposentarse en el pueblo que habían encontrado abandonado. Allí fueron curados cinco ó seis soldados y doce caballos que resultaron heridos, siendo además muerto otro de éstos. El autor de esta relación que estuvo presente, dice que desde que estaba en América, jamás había visto otros indios pelear tan bien y con tanto valor como los del Yaqui.

Curados los heridos, salieron los españoles el 20 de Octubre á explorar el país por la orilla del río, tanto arriba como abajo; el domingo 2 de Noviem-

bre lo repasaron para regresar, y del 23 al 28 del mismo mes estuvieron en un pueblo llamado Teocomo, cuya situación ha quedado ignorada, pero que al parecer debió hallarse en el río de Ocoroni, á siete ú ocho leguas de Tamazula, en el cual los expedicionarios acabaron de confirmar las sospechas que ya tenían, de que en aquella costa habían tocado otros cristianos antes que ellos.

Efectivamente, en su tránsito por el expresado pueblo de Tamazula, de ida para el Yaqui, habían visto á los indios con sartas de clavos al cuello y en los brazos, de los cinturones de los españoles; espadas sin guarniciones, cuchillos y otros objetos, que no podían ser productos de la industria indígena. Por entonces no pudieron averiguar su origen, pero sí á su vuelta; en Teocomo, vieron en poder de una india un pedazo de capa de Londres, nueva, y preguntándola acerca de su procedencia, así como á otros indios, descubrieron la verdad, y era: que unos extranjeros habían llegado en una embarcación á la boca del río de Sinaloa, y teniendo necesidad de bastimento, saltaron á tierra en número de quince á veinte, se internaron siguiendo por sus orillas los rastros de la gente del país, arribaron de esta manera á los pueblos, donde por el hambre y el cansancio se descuidaron y en la noche, dormidos, fueron muertos por los naturales, quienes en seguida mataron también á los pocos que permanecían á bordo, de manera que no quedó uno que fuese á dar noticia del desastre. La matanza fué en el pueblo de CRUMENE, hoy completamente ignorado.

Este fué el triste fin atribuido al Capitán Diego Hurtado de Mendoza y á la tripulación del navío que bajo sus órdenes había enviado de Acapulco Hernán Cortés el año anterior, á explorar las costas de estos mares, junto con otro, cuya tripulación pereció también, casi por completo, á manos de los indios del Valle de Banderas.

La expedición volvió á pasar el río de Sinaloa, probablemente por Guazave, ó cerca de este lugar, pues Diego de Guzmán dice que lo hizo media legua después de la entrada del arroyo de Teocomo, y cuatro jornadas antes de volver al río de Santiago, nombre que había puesto al que pasa por Tamazula, aunque en verdad no hay más que cinco leguas de Tamazula á Guazave. El jueves 25 de Diciembre llegó al río de Mocerito, á donde había sido enviado Sebastián de Evora de encomendero por Diego de Proaño; el 26 bajó hácia la costa y el 30 llegó toda la fuerza al Valle de Culiacán, encontrando la provincia sublevada por las causas que antes se han expresado.

Cuando los españoles habían salido del Yaqui, de vuelta para Culiacán, llegaron á dicho río tres paisanos suyos, que eran: Alvaro Núñez Cabeza de Vaca, Alonso del Castillo Maldonado, Andrés Dorantes y además el negro Estebanillo, único resto de la expedición de Pánfilo de Narvaez, que habiendo llegado á la Florida en 1528, y perdiéndose en el propio año, se diseminó, salvándose sólo con vida los antedichos. Con una constancia inimitable y en medio de mil sufrimientos, peregrinaron entre los indios, á veces desnudos enteramente, otros cubiertos con pieles á la intemperie y á la ventura, hasta que después de haber atravesado el ancho continente americano, llegaron cerca de la costa del Pacífico, y en el Yaqui tuvieron noticia de los conquistadores que en él habían estado.

Siguiendo sus huellas lograron en Ojitos, lugar situado seis leguas al Sur de la actual Villa del Fuerte, alcanzar al Capitán Lázaro Cebreros, á quien apenas podían hablar por la emoción. Llevaban el cabello hasta la cintura, la barba hasta el pecho, los pies descalzos, el semblante tostado del sol y del frío, el cuerpo vestido de pieles y la cabeza cubierta con sombreros de palma; iban acompañados de muchedumbre de indios, por quienes eran reverenciados, á causa de las curaciones que hacían. Conducidos por Cebreros á Diego de Alcaráz, que en unión de él y otros cuatro soldados habían sido enviados en su busca, luego que se tuvo noticia de su aparición en el país, caminaron todos

juntos hácia el río de Sinaloa, donde por Chirinos eran esperados, y allí, con los indios que no quisieron volverse á sus tierras, fundaron los peregrinantes los pueblos de Apucha y Popuchi. Es probable que estos pueblos, cuyo nombre es hoy desaparecido de la geografía sinaloense, hayan sido reducidos después por los misioneros al de Bamoa, que es el único de dicha provincia donde en tiempo de la colonia se hablaba el idioma pima, que es originario del Gila.

Cabeza de Vaca, con sus compañeros, llegó á Culiacán en 1536, siendo Melchor Díaz, Capitán y Alcalde Mayor de la provincia, y en 15 de Mayo de ese año rindió ante el escribano público declaración jurada de los sucesos que le habían pasado. Prosiguió su viaje hasta Compostela, donde estaba Nuño de Guzmán, y llegó á México en 23 de Julio siguiente á presentarse al Virrey Don Antonio de Mendoza, á quien pintó con halagüeños colores los países situados al Norte de Sinaloa, lo que le hizo concebir el proyecto de mandar reconocerlos para emprender su conquista.

IV.

Expedición de Coronado hasta Quivira.—Entrada de Francisco de Ibarra.—Fundación de la Villa de San Juan Bautista de Sinaloa, destruida al poco tiempo por los indios.—Retrocede á la provincia de Chametla y funda la Villa de San Sebastián.—Queda Sinaloa separada de la Nueva Galicia y agregada á la Nueva Vizcaya.—Expedición de Montoya.—Fundación de la Villa de San Felipe y Santiago.—Llega el Gobernador Bazán y pasa el río Mayo.—Su destitución.

Como se ha dicho, Nuño de Guzmán, al ser preso en 1537, fué substituído por el Lic. Diego Pérez de la Torre, en el Gobierno de la Nueva Galicia, que entonces comprendía todos los países descubiertos y conquistados por aquél. Al morir el Lic. Pérez de la Torre en 1538, dejó el Gobierno en manos de Cristóbal de Oñate, pero en el propio año, el Virrey nombró gobernador interino á Francisco Vázquez Coronado, que fué confirmado en dicho puesto por el Rey, en cédula de 18 de Abril de 1539.

Desde luego, el nuevo funcionario, sabiendo los apuros en que se hallaban los pobladores de Culiacán, por la guerra que les hacía un poderoso cacique llamado Ayapin, fué á socorrerlos, logró prender á éste y lo ahorcó. Pacificada la provincia, envió á la exploración proyectada por el Virrey al Padre Fray Marcos de Niza, acompañado del negro Esteban y algunos indios. El Padre Niza partió de Tonalá para Culiacán, salió de esta ciudad el 7 de Marzo de 1539, avanzó hácia el Norte, mucho más allá de la antigua Sinaloa, y llegó con sus compañeros hasta divisar Cibola, donde Esteban fué muerto ó quedó extraviado entre las selvas. De allí regresó á México, y en 2 de Septiembre entregó personalmente al Virrey su informe por escrito, animándolo á mandar una expedición á esas comarcas.

Coronado recibió del Virrey la comisión de ir á conquistar las tierras descritas por el Padre Niza, con cuyo motivo reunió en Compostela, entonces capital de la Nueva Galicia, hoy población perteneciente al Territorio de Tepic, toda la fuerza que debía llevar; salió con ella en los primeros días del mes de

Marzo de 1540, después de haber nombrado Teniente de gobernador á Cristóbal de Oñate; llegó á Culiacán, donde permaneció un mes para proveerse de víveres, y en Mayo tomó de nuevo el camino con dirección al pueblo de San Sebastián de Evora, que se llamaba entonces Mocorito, porque había sido encomienda de un portugués de aquel nombre, aunque ya no lo era, pues el encomendero lo había abandonado por su apartamiento y no poder mantener guarnición en él.

Este pueblo fué víctima de una hecatombe horrible ordenada por Coronado, según refiere uno de los historiadores de la conquista de que se habla. Luego que el ejército, dice, llegó á Culiacán, dicho Jefe trató de reforzarlos y al efecto mandó tropa al pueblo de San Sebastián de Evora, y habiéndola recibido los indios de paz, solamente por el dicho de uno de los malcontentos con sus jefes, que le dijo trataban de resistir á sus órdenes, los mandó llamar. Se presentaron 150 indios de dicho pueblo, sin armas, creyendo que se les iba á hacer algún regalo, y luego que los vió Coronado, sin averiguación alguna ni otra formalidad, los mandó degollar. De esta suerte y con la misma conducta, fué invadiendo lo más de la Sonora, y no es de extrañarse tal proceder, pues el mismo historiador afirma que jamás dió este Jefe cuartel á los indios y á cuantos había á las manos los pasaba á cuchillo, y dejaba colgados los cadáveres en los montes.

Prosiguió el General su marcha, y cerca de los límites septentrionales de Sinaloa, como doce leguas antes de llegar á lo que después se llamó Sonora y comenzaba en el Yaqui, fundó la villa de los Corazones, en un valle que Cabeza de Vaca y sus compañeros habían llamado con ese nombre, porque los naturales les ofrecían como alimento los corazones de los animales que mataban. Dejó para poblarla 60 españoles, con el Capitán Melchor Díaz, de Alcalde Mayor, quien ya antes lo había sido de Culiacán, y en esta ocasión tuvo la desgracia de morir de una manera casual el 18 de Enero de 1541 al regresar de un viaje que hizo en busca de la mar del Sur, quedando por esta causa el Capitán Diego de Alcaraz como Alcalde Mayor de la naciente población. Este comenzó á tratar con dureza á los indios, haciéndolos esclavos, y para poblar la villa, robaba las hijas y mujeres de los naturales que la simplicidad del país permitía andar solas por los campos. Los bárbaros, irritados con tan injuriosos procedimientos, sorprendieron el lugar en una obscura noche, matando á sus pobladores, de los que no escaparon con vida más que seis. Dos pasaron adelante á dar la noticia á Coronado, uno fué muerto en la fuga, y los otros tres incluso el clérigo que había quedado de cura, fueron á dar á Culiacán. Tal fué el resultado de la primera población española fundada en la primitiva Sinaloa.

Por su parte Coronado, fundada la villa de los Corazones, y avanzando con el grueso del ejército más al Norte, había visitado á Cibola y Tigües y de este pueblo salió el 23 de Abril de 1541 para Quivira, sin quedar satisfecho con el resultado que hasta allí le brindaba su conquista, tanto por la insignificante importancia de los pueblos que había recorrido, como porque no veía brillar el oro y la plata que imaginaba encontrar en su camino. De Quivira fué otra vez á Tigües á pasar allí el invierno, y habiéndose enfermado á consecuencia de un gran golpe que se dió cayendo de un caballo, retrocedió para la Nueva Galicia, no quiso recibirse del Gobierno que Oñate trataba restituirle, y luego partió para México, donde no fué bien recibido del Virrey, por haberse vuelto sin su orden. Tal fué el éxito que tuvo la segunda expedición que pasó por la antigua Sinaloa.

No fué más feliz el de la tercera. El Virrey Don Luis de Velasco, padre, envió por primer Gobernador de la Nueva Vizcaya á Don Francisco de Ibarra, quien por el año de 1563 atravesó la Sierra de Topia y entró en la mencionada provincia, donde fundó con 60 españoles, en la ribera izquierda del río del Fuerte, la villa de San Juan Bautista de Sinaloa. Este nombre le fué impuesto

por el de la tribu de Sinaloas que habitaban en las márgenes de dicho río, nombre que también se daba en un principio á éste, lo mismo que al de Zuaque, según era el de las tribus que poblaban sus orillas. Ibarra dejó por Juez en la nueva población un valiente Capitán, llamado Estéban Martín Bohorquez, y por cura al Lic. Hernando de Pedroza, con tres religiosos franciscanos encargados de la conversión de los indios, y se internó en Sonora, de donde retrocedió por la noticia que tuvo de haberse descubierto ricos minerales en la provincia de Chametla, en cuya demarcación, aunque no estaba bajo su gobierno, erigió la villa de San Sebastián, que hoy se titula Ciudad de Concordia.

Por este hecho, de todas las tierras conquistadas por Nuño de Guzmán, ó descubiertas con posterioridad por sus capitanes ó sucesores, y que por lo mismo pertenecían á Nueva Galicia, quedó desprendida una parte, lo que de la provincia de Chametla se extiende hácia el Norte, que desde entonces siguió reconociendo al gobierno de Nueva Vizcaya.

Poco después del regreso de Ibarra, los indios de Ocoroni y los Zuaques dieron muerte á Fray Pablo de Acebedo y á Fray Juan de Herrera, así como á quince españoles que habían ido á comprar maíz á sus pueblos, después de haberlos falsamente acariciado con algunos víveres de que estaban muy necesitados y luego atacaron la villa á la que prendieron fuego por varias partes. Obligados los vecinos á retirarse á un fortín de madera que fabricaron á toda prisa, dieron aviso á Culiacán de donde se envió pronto socorro; pero cuando esto sucedió, ya los españoles se habían marchado al río de Petatlán, donde pudieron ser socorridos con más facilidad. Como se vé, la segunda villa española, edificada en Sinaloa, no llegó á echar raíces, lo mismo que había sucedido á la primera fundada en el valle de Corazones.

Algunos años después, Don Pedro de Montoya, soldado veterano y práctico, alcanzó del Gobernador de la Nueva Vizcaya, que entonces era Don Hernando de Trejo, la facultad de entrar á la provincia con otra expedición, que era la cuarta. Alistó en Culiacán treinta soldados, con los cuales y con el Lic. Hernando de Pedroza, que quiso acompañarlos, salió á fines de Enero de 1583, excursionó por Mocorito, Bacubirito y Chicorato, y por fin, en la víspera de San Felipe y Santiago (víspera del 1º de Mayo) dió asiento á la nueva villa, de la que tomó posesión sacando el pendón real con descarga de arcabuces y algazara militar, en la margen derecha del mencionado Río de Petatlán, con el nombre de San Felipe y Santiago de Sinaloa, en memoria de la antigua que no se pudo conservar en la ribera del Fuerte; de donde provino, que la población nueva y el río que corre á sus piés, tuviesen en lo sucesivo el nombre de Sinaloa, que antes había solido darse al otro río y á la malograda villa de San Juan Bautista, que en él había sido fundada.

Muerto Don Pedro de Montoya y doce soldados á manos de los Zuaques, llegó socorro de Culiacán á cargo de Don Gaspar de Osio, quien á pocos de los indios pudo castigar; y creyendo, con las demás autoridades y vecinos, que debían desamparar el punto, así comenzaron á verificarlo, saliendo para dicha villa de Culiacán el 15 de Agosto de 1584. Pero al pasar el río, encontraron 20 españoles al mando de Don Juan López de Quijada, que iba nombrado Capitán de Sinaloa, con orden del Gobernador de la Nueva Vizcaya, que ya por entonces lo era Don Hernando de Bazán, para que so pena de la vida, volviesen luego á poblar la villa de San Felipe y Santiago, orden que acataron prontamente, repasando el río y fortificándose lo mejor que pudieron, en espera de la llegada del Gobernador.

Esta se verificó en Abril de 1585, día de Jueves Santo; Bazán traía consigo cien españoles y algunos indios auxiliares, y habiéndose detenido en la villa quince días, marchó luego al río Zuaque en busca de los enemigos. Transcribo en seguida el relato en que el padre Alegre, en su obra, hace una pintura de los combates que se libraron entre los Zuaques y los españoles en esta ocasión: